

funcionarios metropolitanos no siempre capaces y probos, encontrábase en la misma posición de espíritu que un plebeyo consciente de la Roma republicana. En el interior de aquellos ciudadanos despertábase con nueva vitalidad el alma de los tribunos; volvía a sonar en su boca el acento plebiscitario de los Gracos. Esta semilla clásica, asociada a la semilla cristiana del ascetismo protestante, caracterizó la fisonomía de aquellos fundadores que debieron imprimir su semejanza al mundo que crearon. Y así como el puritanismo, o lo que llama Taine Renacimiento cristiano, fué una fuerza diversa y enemiga de las modalidades vulgares del cristianismo, también el *tribunismo* romano fué cosa muy diversa de la sociedad neoclásica que vino a destruir.

Aquellos dos elementos, recibidos de Europa, unidos algo paradójicamente, como ya lo estuvieron en el alma de Milton, reactuaron luego sobre Europa con fecunda trascendencia. Y así como Locke, hijo del pensamiento de Bacon, había suscitado la Enciclopedia, y Swift, hijo de la influencia lejana de Rabelais, había adoctrinado a Voltaire, Franklin, hijo espiritual de los Gracos y de Milton, difundió en París la semilla de libertad que recibía también La Fayette, al lado de Jorge Washington.

Históricamente, la personalidad capital de Franklin es la del fundador, creador de una libertad nacional. En estos días de lo que hemos convenido en llamar post-guerra, presenciamos la bifurcación, acaso definitiva, de dos impulsos que en Benjamín Franklin, como en «nuestro» Simón Bolívar, fueron coexistentes e inseparables: el nacional y el humano. Una sola palabra los unía: libertad.

Hasta entonces, la idea de rebelión provincial o colonial, la idea separatista, había tenido un valor de lucha entre pueblo y monarca, no entre pueblo dominado y pueblo dominador, porque no había pueblos dominadores, sino únicamente reyes y vasallos. Examinemos, como ejemplo inmediato, la guerra de separación de Cataluña iniciada en 1640, casi al mismo tiempo de la Revolución inglesa. ¿Hubo en ella otra cosa que una protesta contra los Gobiernos españoles, y después contra el Rey, protesta exactamente igual, en sus gérmenes y desarrollo, a las de las Comunidades y Germanías? En esos movimientos se iniciaba la doctrina nueva sobre los manantiales de la soberanía; nacía el sentimiento patriótico, esto es, democrático; la realeza se transmitía al pueblo, acaso como un resultado más del Renacimiento neo-romano.

Pero la verdadera novedad ideal de la Revolución americana consistió en unir a la mera voluntad de ruptura

entre metrópoli y colonia un sentido interior de renovación política; algo así como la unión del alma turbulenta de Guillermo de Orange, libertador de Flandes, con el alma de Cromwell, purificada por el transcurso de un siglo.

Franklin, el pensador más alto de aquella emancipación, planteaba, no ya a un Rey, sino a un pueblo legítimamente orgulloso de sus libertades individuales y de su poder, la cuestión de la libertad colectiva; pero al propio tiempo promovía, en la tierra que libertaba, la consumación de las libertades personales, retrasada en la metrópoli a pesar de la renovación dinástica. Ni la raza, ni el derecho patrimonial de los Reyes podían ser causas justificantes de un poder incontrastado y definitivo. ¿Podría el Rey de Prusia establecer impuestos sobre los habitantes de Inglaterra, fundándose en que estos eran descendientes de antiguos emigrados de sus dominios?

Hay cierta grandeza de coloquio entre iguales, entre príncipes, diálogo de tragedia, en la petición elevada a Jorge III por el Congreso de Filadelfia de 1774. Copiemos las palabras de Mignet: «Recordaban a Jorge III que sus antecesores habían sido llamados a reinar en Inglaterra para garantizar a una nación generosa del despotismo de un rey superticioso e implacable; que su título a la Corona era el mismo de su pueblo a la libertad; que no querían abdicar de la gloriosa condición de ciudadano inglés y soportar los males de la servidumbre...» Y agregaban: «Como V. M. tiene la felicidad, entre todos los otros Soberanos, de reinar sobre un país de ciudadanos libres, nosotros pensamos que el lenguaje de los hombres libres no le ofenderá». Y luego, al referirse ya a la independencia de los Estados Unidos de América, por la declaración soberana del Congreso de Filadelfia en 1776, observa Mignet: «Por primera vez en el mundo los derechos de una nación se fundaban sobre los derechos naturales del género humano, y se invocaba para establecer su soberanía, no la historia, sino la naturaleza. Las teorías de la escuela filosófica francesa adoptadas por el continente americano antes de haberse visto realizadas en el continente europeo remplazaban a las prácticas de la Edad Media; las *constituciones* sucedían a las *cartas*, y la antigua concesión de privilegios parciales se sustituía por la reivindicación de las libertades generales».

Entre esa doble libertad americana y la libertad revolucionaria francesa se establece desde entonces una corriente de mutuas influencias. Por una extraña ironía histórica, la monarquía francesa no comprendió que aquel ciudadano tan exótico para ella, Franklin, especie de Anacarsis a la inversa, es-

cita que venía a enseñar leyes a Atenas, presentaba a Luis XVI la trágica opción entre los ingleses, enemigos hereditarios de su Casa, y los futuros revolucionarios, enemigos natos de su poder; la monarquía francesa no comprendió que debía optar entre Inglaterra y la Revolución; que si ayudaba a los rebeldes contra el poder ajeno, fomentaba la rebeldía futura contra su propio poder. Esta es la flaqueza nativa de las monarquías patrimoniales; su mutua rivalidad les impide solidarizarse contra los ataques de sus comunes enemigos. Luis XVI y Jorge III no pudieron solidarizarse contra Washington, como Washington y La Fayette se solidarizaron, espiritualmente, contra la tiranía. Ya después de la revolución francesa, la Santa Alianza no fue otra cosa que la rectificación de aquel viejo espíritu de rivalidad. En cambio, la guerra que acabamos de presenciar, uniendo a Francia y Rusia contra Alemania y Austria, ha consumado la extinción de las monarquías patrimoniales, si bien, por otra parte, la solidaridad, contubernial entre Francia y la vieja Rusia ha excluido a Francia de toda solidaridad con la nueva Rusia y la ha obligado a luchar contra ella. Obsérvese bien la analogía inversa entre esos dos fenómenos: la Francia monárquica del siglo XVIII ayudó a América contra su metrópoli, fomentando indirectamente la propia revolución; en cambio, la Francia republicana del siglo XX ayudó, con subsidios, al Soberano de Rusia contra su pueblo, para que aquel Soberano la ayudara a ella contra otro Emperador; y perdió, con ello, toda identificación con los nuevos movimientos de libertad.

La España de Carlos IV tuvo atisbos de previsión en los primeros momentos. El Gobierno español, demasiado lento en sus determinaciones y teniendo hartos intereses en conservar sus colonias en el Nuevo Mundo para no vacilar antes de prestar su apoyo al primer ejemplo de emancipación colonial que se daba en el continente americano, no se resolvió a aceptar la invitación. Más tarde, los odios dinásticos y la solidaridad borbónica inclinaron la balanza en favor de los americanos. La aversión al enemigo territorial pudo más que el instinto contra el enemigo doctrinal. Y cuando llegó la hora de la emancipación de la América española, ese movimiento coincidió también, no sólo cronológicamente, sino también idealmente, con la rebelión del pueblo español contra sus viejas instituciones. Bolívar ni más menos que Riego, pudo creerse un luchador contra los poderes españoles, no contra el pueblo español. Recuérdese que también la Francia revolucionaria, al invadir las tierras enemi-